

Leg 9

M 18

Cuadernos 1

733

# DISCURSO

ACERCA

## DEL CARACTER DE ACHILES,

PRONUNCIADO POR EL LICENCIADO EN LETRAS

DON LÁZARO BARDON Y GOMEZ,

CATEDRÁTICO DE GRIEGO DE LA CENTRAL, EN EL ACTO DE RECIBIR LA SOLEMNE  
INVESTIDURA DEL DOCTORADO EN LA SECCION DE LITERATURA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA.



MADRID.

IMPRESA DE LA CALLE DE S. VICENTE A CARGO DE JOSE RODRIGUEZ.

1852.

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0733







# DISCURSO

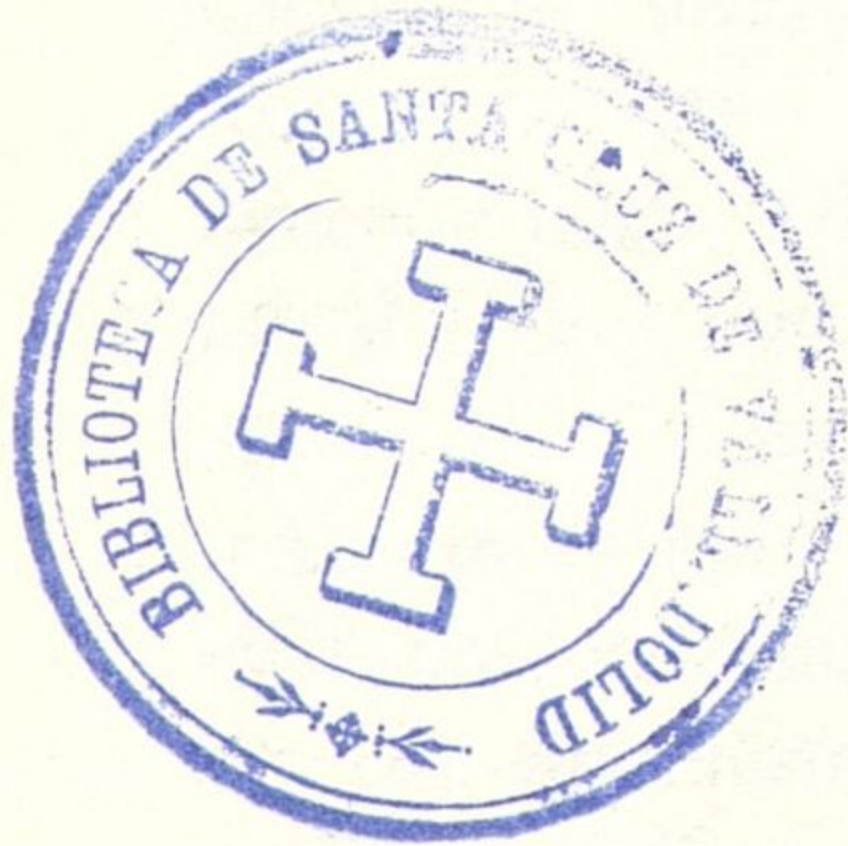
ACERCA

## DEL CARACTER DE ACHILES,

PRONUNCIADO POR EL LICENCIADO EN LETRAS

DON LÁZARO BARDON Y GOMEZ,

CATEDRÁTICO DE GRIEGO DE LA CENTRAL, EN EL ACTO DE RECIBIR LA SOLEMNE  
INVESTIDURA DEL DOCTORADO EN LA SECCION DE LITERATURA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA.



MADRID.

IMPRESA DE LA CALLE DE S. VICENTE A CARGO DE JOSE RODRIGUEZ.

1852.

*UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0733*

HTCA

U/Bc LEG 9-1 n°733



1>0 0 0 0 2 9 4 3 0 6



DEBIDO

DEL CARACTER DE ACHILLES

DE LA UNIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

FOR LAMARCO BIRDSON & COMPANY

LA UNIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA  
HA ADOPTADO LA SIGUIENTE LEY DE LIBERTAD DE COMERCIO  
Y DE COMERCIO EXTERNO





Ἀχιλλεὺς οὕτω καλὰ καὶ μεγάλα μνημεῖα  
παρέδωκεν ὥστε οὔτε λέγων οὔτε ἀκούων  
περὶ ἐκείνου οὐδεὶς ἀπαγορεύει.

Xenofon, de venatione, cap. 1.

EXMO. SR.

Segun las antiguas leyendas, se alzaba un reino poderoso al oriente de Europa, enfrente de los estados de Grecia ó tierra Achiva, y á la parte opuesta sobre las costas del mar Egeo. Componíase de muchos pueblos del Asia menor, y los demas que en esta península se mantenian independientes eran sus aliados. Ilion ó Troya su capital, ciudad edificada al pié del monte Ida, era ya célebre por sus fuertes muros, altas puertas, calles y plazas anchurosas. Empero lo que la daba mas fama eran las inmensas riquezas, el incomparable lujo de Priamo, su rey, y de los numerosos habitantes que la poblaban; cuya len-



gua, religion y costumbres se parecian mucho á las de los Achivos.

Separaba á estos dos pueblos un odio nacional profundo, implacable, que acabó por armarles uno contra otro; sirviendo de pretesto á los Griegos el robo de Helena, princesa achiva, ejecutado por Páris, hijo de Priamo. Mil ciento ochenta y seis naves <sup>1</sup> de la Grecia partieron desde el puerto de Aulis, ciudad de la Beocia, conduciendo sobre Troya mas de cien mil guerreros con sus príncipes á la cabeza, todos á las órdenes del rey de reyes Atrida Agamenon, señor de anchos dominios.

El afortunado vate, que cantó esta guerra tres mil años há, es como el ave fenix de la fábula, que parece renacer de sus propias cenizas. Muchísimas generaciones despues de él se tragó la tierra; muchas civilizaciones se han hundido las unas sobre las otras; y sin embargo, el sagrado depósito de las epopeyas de Homero, este modelo precioso de belleza y buen gusto, pasa y pasará hasta el fin de los siglos como patrimonio de la humanidad, que forma al través del tiempo los mas deliciosos encantos, ¡Qué placer siente el alma en contemplar á un hombre tan grande, y á todos los demas tan justos!

No es mi ánimo, Excelentísimo Señor, formar aqui un grande cuadro de las bellezas de Homero: excederia los límites que la costumbre señala á estos discursos. Habré de concretarme solo á presentar en bosquejo el carácter del héroe principal del poema Iliada; el carácter del grande Achiles.

Pero antes de pasar adelante voy á hacer una advertencia. Necesitando tomar todos los materiales del poema de Homero, he creido deber usar el mismo lenguaje que emplea el poeta en las descripciones, y que pone en boca de sus héroes en las diferentes circunstancias, para

<sup>1</sup> Il. 2, v. 494 y sigs.



que así resalte más la condición de cada uno de ellos. No se extrañe, pues, la fuerza de algunas expresiones y la abundancia y energía de las imágenes, porque en esta parte no haré otro oficio que el de traductor y compilador: hecha esta salvedad, prosigo.

El carácter de Achiles, como dice muy bien Mr. Pieron <sup>1</sup>, es el triunfo del genio de Homero. Achiles es á la vez un héroe y un hombre, y esto constituye el interés profundo de la Iliada. Consagra á los Griegos un odio implacable; su desesperación á la muerte de Patroclo; el furor de venganza que le arrastra; su encarnizamiento contra Héctor, son debilidades de una alma imperfecta, cuyo germen sentimos dentro de nosotros mismos, y los acentos del poeta que las refiere vibran hasta el fondo de nuestras entrañas. Mas desde el principio al fin del poema, el alma de Achiles se vá purificando y se engrandece con un progreso continuo: la parte divina de esta naturaleza privilegiada se desprende poco á poco de las nubes de la pasión y de la cólera; y brilla al fin en todo su resplandor nativo. Se desvanece el hombre y solo el héroe es el que resta.

Esto se comprenderá claramente al través de la simple relación de los hechos que voy á exponer.

Nueve años habían pasado de guerra; y la bien guarnecida Troya permanecía intacta, defendida por la poderosa espada de Héctor su caudillo, el destructor de hombres, como le llama el poeta. Muchos príncipes griegos se habían hecho notables en los diferentes encuentros y asambleas. Tales eran Tydides y Diomedes, el prudente Nestor, el sabio y valeroso Ulises, Idomeneo y Menelao, el fuerte Aias Telamon, baluarte de los Achivos, cuyo enorme escudo estaba forrado de siete <sup>2</sup> pieles de buey sobre

<sup>1</sup> Histoire de la Litterature grec-  
que.

<sup>2</sup> Il. 7, v. 220.



gruesa lámina de cobre. Mas entre todos ellos sobresale como una montaña el ardiente jóven Achilles, el mas corpulento, el mas fuerte, el mas valiente y temido de todo el ejército. Doce ricas ciudades enemigas, aliadas de Troya, conquistadas por Achilles sin mas acompañamiento que sus tropas de Mirmydones, y que proporcionaron á los Griegos inmenso pillage, le habian dado ya fama inmortal.

Pero un suceso imprevisto compromete la suerte de todo el ejército griego. Cuando el saqueo de Lyrneso, una de ellas, se encontró á una jóven de singular hermosura, llamada Briseis, que el ejército y el mismo Agamenon adjudicaron á Achilles á cuenta de lo que le pertenecia por suerte del botin, y este la recibió como esposa prometida. Algun tiempo despues Agamenon, rey de reyes, prevalido de su poder, y lleno de envidia contra Achilles, le ofende <sup>1</sup> gravemente en pública asamblea, y por humillarle mas amenaza arrebatarse y le arrebatara por la fuerza á la jóven Briseis, muy amada de Achilles.

Apenas puede describirse la terrible sensacion que causa en el iracundo ánimo del héroe esta violencia brutal. Ciego <sup>2</sup> de cólera, delibera su corazon dentro del velludo pecho, si sacando del lado del muslo la aguda espada, separaria á los demas y mataria al Atrida Agamenon, ó si calmado su ira, refrenaria su ímpetu. Mientras que revolvía estas cosas en sus mientes, echa ya mano á la espada. Reflexiona y no le hiere; pero le dirige estos insultos atroces <sup>3</sup>: «Borracho, que tienes los ojos de perro, mas el corazon de ciervo.... nunca toleraste en tu ánimo vestirme la coraza junto con el pueblo para el combate, ni para ir á la emboscada con los mas valientes Achivos, esto te parece ser la muerte.... Cierto, mejor es arrebatarse por el ancho ejército los dones de quien te contradijere..... rey

1 Il. 1, v. 172 y sigs.

2 Il. 1, v. 188 y sigs.

3 Il. 1, v. 225 y sigs.



deborador del pueblo....porque reinas en gente nula. Si no fuera porque..... Atrida , esta seria tu última injuria.... Llegará, de seguro , el dia en que venga deseo de Aquiles á todos los Achivos.... á los cuales, aunque lleno de angustia no podrás tu defender..... cuando muchos caigan moribundos bajo Hector homicida.... Y raerás tu corazon dentro del pecho desesperándote ; porque no honraste al mas valeroso de todos:» asi dijo.

Entonces se levantó Nestor <sup>1</sup>, el de suave voz, delicado orador de los Pylios, de cuya lengua fluia el habla mas dulce que la miel, y en fuerza de prudencia y de consejos pudo al fin contenerles. Disolvióse <sup>2</sup> la asamblea, y Aquiles se retira del ejército con sus camaradas y subordinados, y permanece en las naves sin tomar parte en la guerra. Llegan poco despues á su tienda Talthybio y Eurybates <sup>3</sup> mensajeros de Agamenon para llevarse á la jóven Briseis. Estos en presencia de Achilles no hacen sino bajar la cabeza, y no se atreven á hablar palabra. Compréndelos Achilles; les recibe cortesmente; manda á Patroclo su amigo entregarles á Briseis para que se la lleven, y añade: «Sean <sup>4</sup> ellos mismos testigos delante de los dioses bienaventurados, delante de los hombres mortales, y delante de ese rey cruel. Si despues de esto hubiese en alguna ocasion necesidad de mí para rechazar la ruina de los demas.....» asi dijo. Parten ellos llevándosela, y Achilles se queda llorando <sup>5</sup> sin consuelo. Estos lugares de la Iliada, que forman el nudo del poema, manifiestan ya el genio violento y á la vez sensible del héroe.

Atrida Agamenon convoca <sup>6</sup> una asamblea, y se acuerda entre otras cosas ordenar <sup>7</sup> la gente por tribus y curias. Este hecho solo es un elogio del valor de Achilles; pues

1 Il. 1, v. 247 y sigs.

2 Il. 1, v. 305 y sigs.

3 Il. 1, v. 227 y sigs.

4 Il. 1, v. 338 y sigs.

5 Il. 1, v. 349.

6 Il. 2, v. 50 y sigs.

7 Il. 2, v. 363 y sigs., id. 474.



en los nueve años anteriores de guerra no se habia sentido esta necesidad. Con presentarse Achilles, el ejército achivo llevaba la victoria por todas partes, y el tremendo Héctor no se determinaba á salir fuera de muros.

Todos los gefes y soldados se indignan, tomando parte en favor de Achilles, y presienten graves males de su separacion. Mas ya no era tiempo de volver atrás. Agame- non dispone un combate á los Troyanos <sup>1</sup>, los cuales cono- cen desde este dia que Achilles no está en el campo. Gran- de fué la carniceria <sup>2</sup> por una y otra parte; se ajusta una tregua <sup>3</sup> para sepultar los muertos, y los Griegos empiezan á temer por su campo y sus naves. Queriendo ponerse á cubierto de una sorpresa, alzan en derredor un fuerte <sup>4</sup> muro y un foso profundo. Achilles entre tanto consume <sup>5</sup> su alma en el retiro, porque echa de menos la griteria y el tumulto. Los Myrmidones se ejercitan en la ribera del mar en jugar <sup>6</sup> al disco y la lanza, por no tener gefe que les mande.

Espira la tregua, y se traba de nuevo <sup>7</sup> la lucha con in- decible furor. Cuando despunta la aurora, crugen ya los escudos unos contra otros; se llena el aire de amenazas y de alaridos; fluye <sup>8</sup> de sangre la tierra. Al tocar el sol en medio del cielo, extiende <sup>9</sup> Jove la balanza de oro, colo- ca en ella los destinos de las dos naciones, la suspende tomándola por medio, y se inclina el dia fatal de los Achivos.

Ya no hay quien se atreva á esperar <sup>10</sup> á Héctor ni á los Troyanos, delante de los cuales marcha una lluvia de dar- dos mortíferos con ruido estrepitoso <sup>11</sup>. Hasta los mas va-

- |   |                         |
|---|-------------------------|
| 1 Il. 4, v. 446 y sigs.                                   | 6 Il. 2, v. 773 y sigs. |
| 2 Il. 4, v. 443; id. 5, v. 1 y sigs.; id. 6, v. 1 y sigs. | 7 Il. 8, v. 60 y sigs.  |
| 3 Il. 7, v. 458 y sigs.                                   | 8 Id. v. 65 y sigs.     |
| 4 Il. 7, v. 436 y sigs.                                   | 9 Il. 8, v. 70 y sigs.  |
| 5 Il. 1, v. 490, 491, 492.                                | 10 Il. 8, v. 77 y sigs. |
|   | 11 Id. v. 158 y sigs.   |



lientes Achivos huyen sobrecogidos de miedo horrible. Huye <sup>1</sup> Idomeneo, huye Atrida Agamenon, huye el valeroso Tydeo, huye Ulises, huye tambien Aias Telamon, baluarte del ejército griego; sus fuerzas de titan ya no alcanzan á evitar la vergonzosa y cruel derrota. Héctor previene <sup>2</sup> ya á los suyos que en el momento de llegar á las naves de los Griegos no falte el fuego para prenderlas y abrasar dentro á los enemigos.

Por la otra parte, Agamenon, rey de reyes, dirige á los dioses esta súplica <sup>3</sup>: «Padre Jove, otórgame esta peticion: permítenos al menos evitar la muerte huyendo: no nos dejes sucumbir asi bajo el poder de los Troyanos:» asi oraba. Reune de nuevo á los héroes principales de su ejército; vuelven á probar fortuna, y otra vez son derrotados <sup>4</sup> y encerrados entre las naves y el muro. El feroz Héctor les persigue hasta cerrar la noche, durante la cual les cercan por todas partes los Troyanos encendiendo grandes hogueras <sup>5</sup>, para que no se puedan embarcar sin ser vistos.

Agamenon en el silencio de la noche convoca <sup>6</sup> á los gefes achivos aterrados por el miedo y la dificultad de la fuga, y con las lágrimas <sup>7</sup> en los ojos les ruega que se apresten <sup>8</sup> para embarcarse á favor de las tinieblas. Niégase <sup>9</sup> Diomedes, y el prudente anciano Nestor propone <sup>10</sup> un medio de salvacion. Recuerda al rey de reyes la grave injuria de Achilles, y le suplica que se reconcilie con él. Reconocido Agamenon confiesa <sup>11</sup> su culpa, se acuerdan cuantiosísimos regalos <sup>12</sup> para Achilles, y son elegidos <sup>13</sup>

1 Id. v. 78 y sigs.; id. 98 y sigs.; id. v. 157 y sigs.

2 Il. 8, v. 181 y sigs.

3 Il. 8, v. 242 y sigs.

4 Id. v. 335 y sigs.

5 Il. 8, v. 550 y sigs.

6 Il. 9, v. 11 y sigs.

7 Id. v. 13 y sigs.

8 Il. 9, v. 26 y sigs.

9 Id. v. 32 y sigs.

10 Id. v. 96 y sigs.

11 Il. 9, v. 119 y sigs.

12 Id. id.

13 Il. 9, v. 167 y sigs.



embajadores Aias, Fenix y Ulises para atraerle á su gracia. Llegan <sup>1</sup> estos á su tienda y procuran persuadirle por todos los medios posibles. Le hacen presente la triste situacion de los Griegos y su ruina inevitable si él no les protege; le recuerdan todas las afecciones y compromisos de su vida; le dan noticia detallada de los cuantiosísimos dones y honores que se le conceden; le suplican, le afligen con sus lágrimas <sup>2</sup>. Y despues de todo, no cede <sup>3</sup>; desprecia á Agamenon y sus dones, y añade al despedirles: «Que no tomará las armas hasta que vea delante de su tienda al homicida Héctor, habiendo destrozado el ejército achivo é incendiado las naves <sup>4</sup>.»

Al dia siguiente se vuelve á trabar la pelea mas encarnizada, y la armadura de Héctor brilla como un astro fatídico <sup>5</sup>, apareciendo siempre en lo mas reñido del combate. A la manera que dos cuadrillas de segadores opuestas, que se disputan el campo en fértil mies, echan por tierra manadas de espigas; asi los Griegos y Troyanos, acometiéndose como lobos, se destrozan con rabia inaudita <sup>6</sup>. Muchos héroes de una y otra parte muerden la tierra con sus dientes en este aciago dia. Por largo tiempo vacila la victoria. Mas al fin los Troyanos, instigados por Héctor su caudillo, cual el cazador instiga á los perros de blancos dientes sobre fiero jabalí <sup>7</sup>, arrollan á los Griegos y los despedazan. El fuerte Aias, que maneja un escudo como una torre, se retira triste y ávido de matanza, como hambriento leon que marcha de mañana á paso lento, despues de asediar toda la noche un establo de bueyes defendido por los perros, y por las hogueras, dardos y voces de los hombres del campo <sup>8</sup>.

1 Id. v. 192 y sigs.

2 Il. 9, v. 225 y sigs.; id. v. 434 y sigs.

3 Il. 9, v. 308 y sigs.; id. v. 603 y sigs.; id. v. 640 y sigs.

4 Il. 9, v. 640 y sigs.

5 Il. 11, v. 61 y sigs.

6 Il. 11, v. 67 y sigs.; id. v. 72 y sigs.

7 Il. 11, v. 292 y sigs.

8 Il. 11, v. 447 y sigs.



Quedan gravemente heridos <sup>1</sup> los principales del ejército griego: el valeroso Tydeo, Eurypilo, Ulises y Atrida Agamenon rey de reyes. Sale también gravemente herido el héroe Machaon, célebre médico, á quien Nestor lleva del combate á las naves en su carro <sup>2</sup>.

Achilles vé llevar á este herido desde su tienda, y envía <sup>3</sup> á Patroclo su camarada para saber quién sea. Al presentarse Patroclo, el prudente Nestor le informa de todo lo ocurrido; le ruega y persuade á que venga en su auxilio mandando las tropas de Myrmidones; y á que suplique á Achilles, que al menos le permita llevar su armadura, para ahuyentar á los Troyanos, por el peligro inminente en que estan las naves de ser incendiadas por el fiero Héctor <sup>4</sup>.

No para aquí la desgracia de los Griegos. Desalentados por tantas pérdidas, hacen el último esfuerzo para contener á los enemigos en el foso y en el muro. Los Troyanos acometen la fortificación por todas partes. Resuenan <sup>5</sup> las torres que derriban; parece que un huracan desgaja los montes. El foso está ya lleno de cadáveres, y el muro entero empapado de sangre. El robusto Sarpedon se agarra de una almena y la arranca <sup>6</sup> por completo; dejando abierto un portillo por donde suben á centenares. Por otra parte el feroz Héctor toma con sus manos hercúleas una peña <sup>7</sup>, y acercándose, la arroja contra las puertas. Rompe los gruesos quicios y fuertes palancas interiores, y caen en pedazos con horrísono estruendo <sup>8</sup>. Es insuficiente ya toda defensa; y los Troyanos entran dentro de la fortaleza, llevando delante de sí, como un torbellino, la desolacion y la muerte <sup>9</sup>.

1 Id. 11, v. 657 y sigs.

2 Il. 11, v. 596 y sigs.

3 Id. v. 607 y sigs.

4 Il. 11, v. 655 y sigs.; id, v. 83.

5 Il. 12, v. 35 y sigs.

6 Il. 12, v. 397 y sigs.

7 Il. 12, v. 445 y sigs.

8 Id. v. 459 y sigs.

9 Il. 12, v. 469 y sigs.



Desalojados los Griegos del muro huyen á las naves, y allí se defienden desesperadamente. El monstruoso Aias asesta á Héctor en el pecho con una enorme piedra, y le derriba en el suelo como una encina herida en su raíz por el ímpetu del rayo <sup>1</sup>. Sacan del combate á Héctor moribundo <sup>2</sup>, y permanece sin sentido largo tiempo tendido en el campo. Sus compañeros le prodigan los mas solícitos cuidados. Vuelve en sí, se incorpora sobre las rodillas, y arroja fuertes vómitos de negra sangre <sup>3</sup>. Los Griegos, que se habian repuesto algo con este accidente, desmayan <sup>4</sup> de nuevo cuando ven segunda vez presentarse á Héctor con mas ferocidad que nunca. Su boca está llena de espuma, y sus ojos parecen fuego encendido bajo el torvo sobrecejo. Desbarata cuanto se le opone: consigue agarrarse <sup>5</sup> á la popa de la nave de Protesilas, y con gritos horribles pide á los suyos fuego para incendiarla. Aias Telamon no puede acercarse por las muchas armas que se le oponen <sup>6</sup>, y sale del tumulto para impedir á cuantos viese llegar con fuego. Doce Troyanos que le llevaban fueron víctimas, uno despues de otro, sacrificadas por el tremendo Aias <sup>7</sup>. Mas acude Héctor, y de una cuchillada derriba por el suelo el hierro de su lanza <sup>8</sup>. Aias, el baluarte de los Griegos, vibra ya inútilmente el asta sin hierro; y jadeando, sin poder respirar, sofocado de sudor y de cansancio <sup>9</sup>, se retira. Un momento despues percibia Achiles desde su tienda confusa griteria, como de multitud que muere á cuchillo, y un remolino de llamas <sup>10</sup> y humo que subia hasta el cielo.

Achiles hasta aqui no es mas que un hombre, un hom-

1 Il. 14, v. 409 y sigs.

2 Il. 14, v. 429 y sigs.

3 Id. v. 435 y sigs.

4 Il. 15, v. 279 y sigs.

5 Il. 15, v. 704 y sigs.; id. v. 718 y sigs.

6 Il. 15, v. 727 y sigs.

7 Id. v. 746.

8 Il. 16, v. 114 y sigs.

9 Il. 16, v. 106 y sigs.

10 Il. 16, v. 227 y sigs.



bre á quien ciega la pasion, y que aborrece de muerte á los Griegos. Insensible antes á los ruegos y lágrimas de Patroclo; ahora que vé arder las naves; ahora que vé destrozado el ejército griego; empieza á salir de su apatía; empieza á temer y á sentir. Manda <sup>1</sup> á Patroclo que vista al momento su armadura; que monte en su carro de guerra; y mientras que Patroclo se ocupa en esto, el mismo Achilles vá de nave en nave armando á los Myrmidones <sup>2</sup>. Les anima <sup>3</sup> al combate, y encarga á Patroclo que se vuelva luego que haya echado al enemigo del recinto de las naves y el foso, no sea que perezca á manos de Héctor. Les despide, y él se vá á hacer libaciones á los dioses <sup>4</sup>, rogándoles por la victoria y vida de Patroclo y sus tropas.

Sale Patroclo llevando el carro y toda la armadura de Achilles, menos la lanza, que no puede manejar por fuerte y pesada <sup>5</sup>: en su lugar lleva una de las suyas. Pelea valerosamente; y los Troyanos, creyendo ser Achilles, desamparan el fuerte y las naves. Apaga <sup>6</sup> el fuego que las abrasa, y ciego con la victoria sale persiguiéndoles á campo libre <sup>7</sup>. Se le opone el fiero <sup>8</sup> Sarpedon, y como dos buitres de fuertes garras y encorvados picos, se acometen el uno al otro <sup>9</sup>. Yerra Sarpedon el golpe y cae en manos de Patroclo, que le atraviesa con la punta de su lanza; y apoyando en él su talon para sacarla, le arranca con ella las entrañas <sup>10</sup>. Sigue adelante Patroclo haciendo un estrago horrible, y le sale al encuentro el homicida Héctor en su carro <sup>11</sup>. Patroclo al verle se apea, toma una piedra, y ases-

1 Id.

2 Il. 16, v. 155 y sigs.

3 Il. 16, v. 200 y sigs.

4 Il. 16, v. 233 y sigs.

5 Il. 16, v. 140 y sigs.

6 Il. 16, v. 296 y sigs.

7 Il. 16, v. 372 y sigs.; id. v.

380 y sigs.

8 Il. 16, v. 419 y sigs.

9 Id. v. 428 y sigs.

10 Il. 16, 477 y sigs.; id. v. 503 y 504.

11 Il. 16, v. 732.



tando á Cebrion, auriga de Héctor, le echa por tierra exánime, haciéndole saltar ambos ojos <sup>1</sup>. Entonces se apresta á coger su cadáver, tomándole de los pies. Se arroja al polvo Héctor, y le toma por la cabeza: como dos leones hambrientos que se disputan una cierva muerta en la cumbre de un monte, así se peleaban ellos por el cuerpo de Cebrion <sup>2</sup>. Crece la lucha, tomando parte otros, y consiguen por último los Griegos despojarle. Muchos valientes Troyanos sucumbieron bajo el poder de Patroclo, mas glorioso que nunca, como lámpara que luce con nuevo brillo al extinguirse. El traidor Euphorbo, careciendo de valor para presentársele cara á cara, le hiere por detrás <sup>3</sup>. Patroclo, viéndose herido, trata de retirarse; mas le alcanza el cruel Héctor y le dá muerte, apoderándose de la armadura de Achiles, aunque no de su carro <sup>4</sup>.

Así acabó el noble Patroclo, querido de Achiles, dejando en la mayor consternación á todo el ejército griego. Grandes esfuerzos, muchas víctimas costó á los Griegos apoderarse y defender ya despojado el cadáver de Patroclo, á quien Héctor quiere cortar la cabeza <sup>5</sup>; mas, aunque otra vez derrotados <sup>6</sup>, se lo llevan delante de sí.

Achiles vé huir al ejército griego y se aflige, temiendo por la suerte de Patroclo <sup>7</sup>, de quien nada sabe aun, ni de los Myrmidones; cuando se le acerca Antilocho, hijo de Nestor, y derramando calientes lágrimas le dice <sup>8</sup>: «¡Ay de mí! Hijo del belicoso Peleo, vas á oír una nueva ciertamente muy triste, que ojalá no sucediera!.... Yace Patroclo!.... y combaten por su cadáver ya desnudo, pues las armas las tiene <sup>9</sup> el terrible Héctor....

Negra nube de dolor cubre á Achiles; tomando ceniza

1 Id. v. 733 y sigs.

2 Il. 16, v. 751 y sigs.

3 Il. 16, v. 806 y sigs.

4 Il. 16, v. 818 y sigs.

5 Il. 17, v. 125 y sigs.

6 Il. 17, v. 735.

7 Il. 18, v. 6 y sigs.

8 Id. v. 15 y sigs.

9 Id. 18 y sigs.



con las dos manos la pone sobre su cabeza, y araña el hermoso rostro: tendido á la larga revuélcase en el polvo, y se mesa los cabellos. Su noble corazón se oprime, al pensar que Héctor mutilará el cadáver para llevarse la cabeza: grita, y se lamenta de un modo horrible. Antilocho de la otra parte vertiendo lágrimas tenia á Achiles de las manos. Las doncellas de Achiles y Patroclo afligidas lloraban sonoramente, y salian de la tienda hiriéndose el pecho: y se desmayaban en derredor al ver á Achiles <sup>1</sup>.

Este se desespera; maldice su ira anterior y exclama: «Qué placer me resulta á mí de ver cumplidos mis deseos? Ah! Pereció Patroclo mi querido compañero, á quien honraba yo mas que á todos; como á mí mismo!.... Le he perdido!... Y mi armadura la viste Héctor despues de darle muerte!.... Sí, mi fuerte armadura, hermosa, admirable!.... <sup>2</sup> No volveré á ver mi casa; ni quiero permanecer vivo entre los hombres; si Héctor herido por mi lanza no perdiere la vida; si no vengáre <sup>3</sup> en él la muerte de Patroclo!.... Muriera yo primero!.... si no habia de auxiliar á mi amigo cuando le mataron!.... Infeliz!.... ha perecido muy lejos de su patria, necesitando de mí, que podia evitarle la muerte!.... Mas.... yo estoy en las naves siendo peso inútil á la tierra! Yo el mas fuerte de los Griegos en el combate, de nada he servido á Patroclo, ni á muchos otros compañeros, que han sucumbido bajo el grande Héctor! Perezca la discordia entre los dioses y los hombres!.... Perezca la ira, que hace cruel aun al mas prudente; que dulce como la miel destilada crece cual humo en el pecho de los hombres!.... Asi me hizo irritarme poco ha el rey Agamenon!.... Pero.... ¿por qué me lamento? El fuerte Hércules, aunque amadísimo de Jove, no evitó la muerte.... Ahora pues, si mi hado es igual,

1 Il. 18, v. 22 y sigs.

2 Id. v. 80 y sigs.

3 Il. 18, v. 90 y sigs.



moriré yo también, y yaceré como <sup>1</sup> el:» así decía Aquiles sollozando.

Llega la noticia de que los Troyanos alcanzan á los Griegos cerca de las naves, y que Aias y Héctor se disputan encarnizadamente el cuerpo de Patroclo <sup>2</sup>, queriendo Héctor llevar la cabeza para clavarla en un palo. Aquiles no tiene armadura para pelear; se presenta al pié del foso, y grita terriblemente; excitando entre los Troyanos solo con su voz inmenso tumulto <sup>3</sup>. Los caballos y carros vuelven atrás su carrera <sup>4</sup>. Tres veces grita; tres veces se turba el enemigo <sup>5</sup>; y los Griegos salvan <sup>6</sup> el cadáver.

Colocan á Patroclo en <sup>7</sup> su cama, y Aquiles sollozando pone <sup>8</sup> sus manos sobre el frío pecho del amigo difunto; y con voz ronca y cansada, jura <sup>9</sup> no sepultarle <sup>10</sup> antes de traer á su presencia la cabeza y armadura de Héctor homicida; y sacrificar doce nobles Troyanos delante de su hoguera. Después de esto lavan el cuerpo de Patroclo; le ungen con óleo, y derraman bálsamo en sus heridas; le cubren con un lienzo y le lloran toda la noche <sup>11</sup>.

Aquiles arde en el deseo de venganza: renuncia á la enemistad que tenía con los Griegos; les convoca <sup>12</sup> por las naves, y dentro de la asamblea dirige á Agamenon estas palabras: «Atrida, seguramente hubiera sido esto más útil á los dos; á tí, y á mí; cuando turbados de ánimo nos indispusimos por causa de la jóven (Briseis). Pero olvidemos lo pasado arrepentidos por necesidad. Yo pongo fin á mi enojo; ni conviene estar siempre irritado con pertinacia.

<sup>1</sup> Il. 18, v. 98 y sigs. hasta el v. 123.

<sup>2</sup> Id. v. 170 y sigs. hasta el 178.

<sup>3</sup> Id. v. 217 y 218.

<sup>4</sup> Id. v. 223 y 224.

<sup>5</sup> Il. 18, v. 227 y 228.

<sup>6</sup> Id. v. 232 y 233.

<sup>7</sup> Id.

<sup>8</sup> Il. 18, v. 317.

<sup>9</sup> Id. v. 334 y sigs.

<sup>10</sup> El modo que tenían los Griegos de sepultar los cadáveres era quemarles y recoger sus huesos, levantando un monton de tierra en el sitio de la hoguera.

<sup>11</sup> Il. 18, v. 350 y sigs.

<sup>12</sup> Il. 19, v. 40 y sigs.



Ea pues; excita al momento al combate á los Achivos de larga cabellera; quiero ver si los Troyanos piensan pernocular en las naves<sup>1</sup>.»

Agamenon, lleno de contento, le da mil satisfacciones<sup>2</sup>, y manda que al instante traigan los cuantiosos regalos de Achiles delante de todos, y los lleven á su nave, y con ellos á la jóven Briseis<sup>3</sup>. Achiles le dice en contestacion: «Gloriosísimo Atrida Agamenon, rey de varones; los regalos, si quieres dármelos, como exige la equidad, ó retenerlos, puedes hacerlo; lo dejo á tu albedrio. Ahora pensemos desde luego en la guerra: no conviene gastar el tiempo en palabras, ni detenernos; falta aun mucho por hacer<sup>4</sup>.» Levantándose Ulyses expone que es preciso dar á la tropa descanso y alimentos durante la noche<sup>5</sup>. Se conforma Achiles y se retira esperando á la mañana; pero no consiente tomar alimento hasta vengar á<sup>6</sup> Patroclo.

Llegan los regalos<sup>7</sup> á la tienda y nave de Achiles, y al ver el cadáver de Patroclo atravesado la jóven Briseis, hiriéndose el pecho y arañando su bello rostro, se abraza<sup>8</sup> á él y le dice sollozando: «Patroclo!.... tan grato al ánimo de mí, desgraciada!.... Vivo te dejaba yo al salir de esta tienda, y ahora te encuentro muerto al volver, príncipe de pueblos!.... Ay! cómo me deja una calamidad y siempre me ocupa otra! Poco há ví con mis ojos delante de la ciudad, atravesado por el agudo hierro, al dulce esposo que me habian dado mi padre y veneranda madre, y á tres hermanos, á quienes cogió la muerte todos juntos!... Y tú, luz querida, no me dejabas llorar cuando el veloz Achiles dió muerte á mi esposo y destruyó la ciudad del grande Mynes!.... Prometias hacerme esposa del divino

1 Id. v. 56 y sigs. hasta el v. 75.

2 Id. v. 78 y sigs.

3 Il. 19, v. 138 y sigs.

4 Il. 19, v. 146 y sigs. hasta el v. 151.

5 Id. v. 155 y sigs.

6 Id. v. 200 y sigs.

7 Il. 19, v. 277 y sigs.

8 Id. v. 282 y sigs.



Achiles, llevándome en las naves, y preparar mis bodas entre los Myrmidones!.... Por lo cual te lloro sin cesar muerto, y siempre piadoso!....»<sup>1</sup>

Todos los príncipes griegos rogaban á Achiles que tomase alimento<sup>2</sup>, en lo cual no consintió, y no se apartaban de él para consolarle. Pero él recordando especies pasadas, suspiraba<sup>3</sup> desde lo íntimo del pecho, y decia: «¡Tambien tú, oh infeliz, el mas querido de mis compañeros, preparabas en la tienda algunas veces sabrosa comida, pronto y con exactitud, cuando los Achivos se apresuraban á llevar sobre los Troyanos el luctuoso Marte!.... Y ahora yaces atravesado!.... Y mi corazon está sin tomar comida ni bebida por tu amor, aun cuando los Achivos estan aqui dentro!.... Nada peor pudiera sucederme, ni aunque me dijeran haber muerto mi anciano padre, que tal vez en este momento vierta tiernas lágrimas por deseo de este hijo, que en tierra extraña vengo á pelear contra los Troyanos por causa de la execrable Helena!... Ni aun cuando hubiese muerto, si es que vive aun, mi querido hijo Neoptolemo, hermoso niño que se cria en la isla de Escyro!.... Antes, al menos, abrigaba la esperanza de pe-  
recer yo solo aqui en Troya lejos de la fértil tierra Achiva, y que tú, mi fiel amigo, volviendo á Pithia conducirias desde Escyro en veloz nave á mi hijo y le manifestarias todas mis posesiones, mis siervos y mi elevada y magnífica casa!..... ¡Mas ahora, Peleo mi padre habrá muerto ya, ó habiendo de vivir muy poco en trabajosa ve-  
jez, se aflige esperando cada dia la triste nueva de saber que yo no existo!....<sup>4</sup>» asi decia suspirando.

Los Achivos á la mañana se esparcian fuera de las naves. Por todas partes blanquean sus armas, como los am-

1 Il. 19, v. 287 y sigs. hasta el 300.

2 Id. v. 303 y sigs.

3 Id. v. 314.

4 Il. 19, v. 315 y sigs. hasta el 338.



pos de espesa nieve <sup>1</sup> que caen del cielo agitados por el Bóreas; resonaba la tierra bajo sus pies. Se arma el noble Achiles recibiendo de Thetis una armadura hecha por Vulcano. Irritado contra los Troyanos, rechinan sus dientes, y sus ojos parecen llama de fuego: brilla su escudo como la luna y su casco como el astro de la aurora. Prueba si le estan bien sus armas, y por la agilidad que advierte en todos sus miembros le parecen alas para volar <sup>2</sup>. Monta en su carro <sup>3</sup> de guerra preparado por el auriga Automedon, y resplandeciente como el sol, se coloca gritando terriblemente delante <sup>4</sup> de todos.

Los Troyanos de la otra parte, mandados por Héctor, se aprestan á la pelea, y los dos ejércitos se colocan uno en frente de otro. El veloz Achiles domina con la vista á sus enemigos y se dispone á caer sobre ellos como el tigre sobre su presa. El valeroso Eneas se presenta á contenerle, y puede salvarse apenas por la celeridad de la fuga <sup>5</sup>. Prueba tambien el ilustre Héctor y se vé obligado á huir <sup>6</sup>. Entonces Achiles irritado de ver que el matador de Patroclo se le vá de entre las manos, se desespera <sup>7</sup> de cólera: ruge como fiero leon á quien han robado sus cachorros, y arrojándose sobre el campo enemigo como furia del Averno, destroza, corta, hiende, desbarata. Todos sus golpes son mortales; el hierro y el bronce no contienen el ímpetu de su lanza, y para su espada son de cera los cascos y lorigas. Un rio de sangre marca la direccion de Achiles por en medio de los Troyanos. Su carro teñido hasta el eje desmenuza cadáveres y escudos, á la manera que el labrador con su yunta de bueyes deshace en la era la blanca cebada en grande trilla <sup>8</sup>.

1 Id. v. 356 y sigs.

2 Il. 19, v. 364 y sigs. hasta el 387.

3 Id. v. 397 y 398.

4 Id. v. 424.

5 Il. 20, v. 325.

6 Id. v. 443 y sigs.

7 Id. v. 449 y sigs.

8 Il. 20, v. 495 y sigs.



Los Troyanos, petrificados de terror creyendo llegada la hora de su total exterminio, huyen sin osar volver atrás la cara, y cuando llegan ya á orillas del rio Escamandro, se dividen por mitad <sup>1</sup>. Los unos salvan su vida por el campo y se encierran dentro de los muros de Troya. Los otros, á la manera de langosta en estío, que arrojándose al agua cubre los lagos por huir de la voracidad del fuego con que la exterminan, así ellos con horrible estruendo se arrojan á la profunda corriente del rio Escamandro. Gime la ribera y se elevan las olas agitadas al impulso de multitud de hombres y caballos que nada y se revuelve en su seno <sup>2</sup>.

Achiles, arrimando <sup>3</sup> á la orilla la fuerte lanza, toma la aguda espada y saltando en medio, hiere por todas partes con fuerza indomable. Resuena el valle con tristes lamentos y fluye roja la corriente. Cansado de matar elige doce nobles Troyanos, y llevándolos vivos á la ribera, los ata y entrega á sus compañeros para sacrificarles en las exequias <sup>4</sup> de Patroclo.

Todavía no se ha vengado bastante; vé huir del rio á Lycaon, hijo de Priamo, á quien habia cogido en otra ocasión y perdonado, y se sorprende <sup>5</sup> creyendo que los Troyanos resucitan. Le alcanza, este le pide la vida, y contesta Achilles: «Murió Patroclo que valia mas que tú, y moriré yo, muere tú tambien <sup>6</sup>:» le hiere, y tomándole de un pié le tira al rio para servir de pasto á los peces. Continua enfurecido, y dá muerte al héroe <sup>7</sup> Asteropeo; vé además á los Peones que huyen <sup>8</sup> saliendo del rio; les alcanza y hace en ellos un estrago horrible, y no saciándose de sangre, continua aun en la persecucion de los restos del

1 Il. 21, v. 1 y sigs.

2 Id. v. 7 y sigs. hasta el 16.

3 Id. v. 17 y sigs.

4 Id. v. 26 y sigs.

5 Id. v. 54 y sigs.

6 Id. v. 106 y sigs.

7 Id. v. 179.

8 Il. 21, v. 205 y sigs.



ejército hasta encerrarles <sup>1</sup> dentro de Troya. El rey Priamo desde una atalaya suplica <sup>2</sup> á Héctor que se encierre tambien al ver llegar furioso al armipotente <sup>3</sup> Achilles. Héctor no <sup>4</sup> cede á los ruegos y lágrimas de su padre, ni de <sup>5</sup> Hecuba su madre. Como un dragon escondido lleno de veneno que acecha á un hombre para perderle <sup>6</sup>, asi Héctor, recostado el escudo sobre la muralla, espera al temible Achilles.

Ya llega el fiero Achilles con las manos teñidas de sangre el pecho y la cabeza, como leon carnívoro cuando se aparta de un toro silvestre en quien ha saciado su vientre y cebado sus garras. Frio pavor se apodera de Héctor, y no pudiendo tolerar su presencia huye asustado dejando á la espalda las puertas Esceas <sup>7</sup>. Achilles le persigue á la carrera cual fiero gavilan á temblorosa paloma, confiado en la velocidad de sus pies. Tres veces <sup>8</sup> rodean la grande ciudad de Priamo, y Achilles no consiente <sup>9</sup> que los demas Griegos se acerquen para que sea suya la gloria, y poder saciar su rabia en el matador de Patroclo. A la cuarta <sup>10</sup> vuelta Héctor fatigado le aguarda dispuesto á pelear, pero antes propone á Achilles este pacto: «Que cualquiera de los dos que saliese vencedor no profane el cadáver del vencido; sino que despojado lo entregue para que se le hagan las debidas exequias <sup>11</sup>.

Achilles le responde: «Pernicioso Héctor, no hay pacto posible entre el hombre y el leon, ni el lobo y el cordero; asi tampoco entre nosotros. Ahora pagarás todas las desgracias de mis compañeros <sup>12</sup>. «Dijo, y le arroja la fuerte

- |  |   |
|--|---|
| 1 Id. v. 520 y sigs.                                 | 8 Id. v. 165.                           |
| 2 Il. 22, v. 38 y sigs.                              | 9 Id. v. 205 y sigs.                    |
| 3 Epíteto que le da Virgilio. Eneid. lib. 6. v. 839. | 10 Id. v. 208.                          |
| 4 Il. 20, v. 78.                                     | 11 Il. 22, v. 250 y sigs. hasta el 260. |
| 5 Id. v. 82 y sigs. hasta el 92.                     | 12 Il. 22, v. 261 y sigs. hasta el 273. |
| 6 Id. v. 94 y sigs.                                  |   |
| 7 Il. 22, v. 136 y sigs.                             |   |



lanza; hurta el cuerpo Héctor y le asesta con la suya; mas la rechaza lejos el duro escudo de Achilles<sup>1</sup>. Héctor, desar-  
mado, toma la espada; pero Achilles, buscando en Héctor la parte vulnerable, le dirige su lanza al cuello junto á la clavícula del hombro, y le atraviesa, asomando por detrás la punta, aunque sin romperle la arteria<sup>2</sup>. Cae Héctor derribado en el polvo, y al morir le dirige con voz lánguida y palpitante estas sentidas palabras: «Achilles, por tus rodillas, por tu alma, por tus padres te ruego que no abandones mi cuerpo junto á las naves para ser presa de perros. Recibe por él mucho cobre y oro, dones que te darán mis padres, y entrégale para que los Troyanos y sus mugeres me hagan participante de los honores de los muertos.» Achilles, mirándole torvamente, le responde: «Perro, no te cojas de mis rodillas, ni me supliques por mis padres. ¡Ojalá mi furor y mi ánimo me incitasen á comer tus carnes crudas, hechas pedazos. Nada habrá que pueda librarte de ser pasto de perros y aves de rapiña<sup>3</sup>.» Asi dijo: y arrancando la herrada lanza, despoja<sup>4</sup> á Héctor, le insulta y maltrata su cadáver. Se dirige á los Griegos y les manda<sup>5</sup> disponerse para asaltar en el momento la bien murada ciudad. Pero se acuerda que yace insepulto aun su amigo Patroclo. Entonces taladrando los tendones de ambos pies por la parte de atrás, cerca del tobillo, introduce una correa de buey, y atando con ella el cadáver á su carro, manda volver á las naves. Monta, y excitando con el látigo los caballos, arrastra<sup>6</sup> indignamente el cuerpo de Héctor, desgarrando las entrañas de Andromaca su esposa y de Priamo y Hecuba sus padres, que le observan desde el muro<sup>7</sup>.

1 Id. v. 290 y sigs. y v. 306 y sigs.

2 Il. 22, v. 320 y sigs. hasta el 330.

3 Il. 22, v. 338 y sigs. hasta el 355.

4 Id. v. 367 y sigs.

5 Id. v. 381 y sigs.

6 Il. 22, v. 395 y sigs. hasta el 404.

7 Id. 405 y sigs.



Llega, presenta el cadáver de Héctor á Patroclo, y le apostrofa diciendo: «¡Salve, ó Patroclo, aunque ya en los palacios del Averno! Cumpliré todos los votos que te habia prometido: traer aqui á Héctor para que le destrocen crudo los perros, y degollar doce nobles Troyanos delante de la hoguera en venganza de tu muerte <sup>1</sup>:» así decia.

Los principales Griegos no desamparan á Achilles y le llevan á la tienda de Agamenon para distraerle. Manda Agamenon poner un baño para que se lave, y nadie logra convencerle. Responde que es ilícito lavar su cabeza y sus manos estando aun su amigo insepulto <sup>2</sup>.

Al dia siguiente lloran y celebran con toda pompa los funerales de Patroclo. Achilles hace cortar su rubia cabellera <sup>3</sup> y la sepulta con el cadáver de su amigo, y recogiendo los huesos en una anfora de oro, quiere sean allí encerrados tambien los suyos despues de muerto <sup>4</sup>.

Concluido el funeral, instituye <sup>5</sup> juegos en honor de Patroclo, presentando ricos y variados premios á los vencedores en los diferentes ejercicios. Salen muchos héroes griegos á disputarlos y Achilles los adjudica con equidad, añadiendo graciosamente otros donativos de mucho valor á los que por un accidente casual se esforzaron en el ejercicio y no obtuvieron premio alguno. El héroe Agamenon, rey de reyes, se levantó tambien á disputar un premio en el tiro de lanza, y Achilles se lo adjudica desde luego, declarándole <sup>6</sup> superior á todos antes de ejercitar; y no deja por eso sin otro premio equivalente á su competidor. Este rasgo de delicadeza, como ha notado madama Dacier, ensalza sobremanera á Achilles.

Todos se retiran á sus tiendas á descansar. Mas Achi-

1 Il. 23, v. 19 y sigs.

el 249.

2 Id. v. 43 y sigs.

5 Il. 23, v. 257 y sigs.

3 Id. v. 150 y sigs.

6 Id. v. 890 y sigs.

4 Il. 23, v. 226 y sigs. hasta



les se revuelve inútilmente en su lecho, y el sueño no cierra sus ojos. Cansado de llorar á su amigo, se levanta y pasea la orilla del mar todas las noches hasta llegar la aurora. Atando en seguida el cadáver de Héctor á su carro, le arrastra tres veces al derredor del túmulo de Patroclo, y dejándole arrojado en el polvo se retira <sup>1</sup>. Esto sigue haciendo por espacio de doce <sup>2</sup> dias. Al llegar aqui nos pinta Homero uno de los cuadros mas sorprendentes del poema. Este cuadro es el siguiente: Priamo en la tienda de Achiles.

El anciano Priamo, rey de Troya, agoviado por el peso de los años y de las desgracias, no puede tolerar que el cadáver de su hijo querido Héctor yazga insepulto, expuesto á la mofa y al escarnio en medio de los enemigos. Y despreciando la vida marcha á rescatarlo con precio infinito. Consigue entrar de noche, sin ser visto de nadie, en la tienda de Achiles; se postra en el suelo, se abraza de sus rodillas, y besando aquellas terribles manos homicidas <sup>3</sup> le dice: « Acuérdate de tu padre, glorioso Achiles, de igual edad á mí, en el postrer límite de la vejez. Quizá tambien los pueblos de al rededor le vejen y le opriman, y no hay quien le libre de la muerte. Pero él al menos, sabiendo que vives tú, se alegra en el alma, esperando todos los dias ver á su hijo querido volver de Troya. ¡En cuanto á mí soy el mas desgraciado, pues habiendo engendrado hijos fortísimos en la espaciosa Troya, pienso no resta ya ninguno de ellos. Cincuenta tenia yo cuando vinieron los Achivos: diez y nueve me nacieron de un solo vientre, y los demas de otras mugeres que tuve en mi palacio. A la mayor parte de ellos el impetuoso Marte ha desatado ya las rodillas. El único que me quedaba, y que guardaba la ciudad y á nosotros, á este, á Héctor, acabas tú de darle

1 Il. 24, v. 3 y sigs. hasta el 19.

3 Il. 24, v. 477 y sigs.

2 Id. v. 31.



muerte defendiendo á su patria. Por él vengo yo ahora á las naves de los Achivos á redimirle de tí, trayendo inmensos dones. Ea pues, Achilles, respeta á los dioses, y apiádate de mí en memoria de tu padre. Yo soy aun mas digno de compasion, pues he sufrido lo que jamás mortal sobre la tierra; he sufrido acercar á mi boca las manos del matador de mis hijos <sup>1</sup>!»

Achiles al principio se asusta <sup>2</sup> al ver á Priamo; mas cuando acaba de hablar se siente desarmado, y llorando como una niña aparta suavemente al anciano de sí, y continúa ahogado en llanto vertiendo lágrimas y sollozando. Levanta en seguida del suelo al anciano Priamo, tomándole de la mano, y respetando sus canas le hace sentar, y le dice <sup>3</sup>: «Desgraciado, muchas calamidades ha sufrido ya tu ánimo! ¿Cómo has tenido valor para venir solo á las naves de los Achivos, á la presencia de un hombre que he dado muerte á muchos y esforzados hijos tuyos? Verdaderamente tienes corazon de hierro <sup>4</sup>:» asi le dice. Despues de esto le consuela con las palabras mas atentas y delicadas <sup>5</sup>. Sale de la tienda, y dá orden de que laven, unjan y vistan el cuerpo de Héctor y lo coloquen en el carro de Priamo. Vuelve, manda poner la mesa para Priamo, y le ruega que despues de cenar y acostarse marche á la mañana llevándose á su hijo. Hace aun mas: pregunta á Priamo cuántos dias necesita de armisticio para hacer las exequias á Héctor. Responde Priamo que doce, y Achilles se los concede y los guarda conteniendo las tropas griegas <sup>6</sup>.

Este es Achilles, segun le pinta Homero. Su cólera es el ímpetu del rayo, la ira de Dios que todo lo aniquila, y á la que no se puede poner diques. A nuestros ojos, acostumbrados á ver las cosas segun la filosofia cristiana, la

1 Id. v. 486 y sigs. hasta el 507.

2 Il. 24, v. 480 y sigs.

3 Id. v. 507 y sigs.

4 Id. v. 518 y sigs.

5 Id.

6 Id. v. 656 y sigs.



conducta de Achiles con Héctor, ya cadáver, nos repugna, nos parece una crueldad bárbara. Mas prescindiendo de que Achiles es un héroe pagano, á quien no alumbró la luz de la fé, se conoce desde luego que obraba por fanatismo, mas bien que por crueldad. Habia jurado sobre el cadáver de Patroclo traer á su presencia á Hector para ser pasto de perros; y al arrastrar y maltratar su cuerpo, no solo creia cumplir el juramento con que se habia ligado, sino tambien creia hacer un sufragio por el ánima del amigo difunto. Asi es que cuando Priamo redime á Héctor, Achiles, aunque persuadido de que esta era la voluntad de los dioses, gime, é invoca los manes de Patroclo, diciendo: «Patroclo, no te irrites conmigo si llegares á saber desde el Averno que yo he devuelto redimido á su padre el cuerpo de Héctor, pues me dió rescates dignos, y de ellos recibirás la parte justa <sup>1</sup>.

Por lo demas Achiles, á vueltas de esto, es un hijo tierno que ama con pasion á su padre. Un amigo fiel que da hasta la vida por sus amigos y compañeros: es un padre que suspira por su hijo ausente; y un esposo que lleva hasta el delirio el amor de su esposa.

El corazon de Achiles, implacable solo para con sus enemigos, abriga la piedad y la compasion en el mas alto grado; es delicado, susceptible y generoso. Achiles parece no conocer la envidia: tolerante con todos, no se cuida de la gloria de los demas ni de la suya. En su trato familiar era afable y cortés, cualidades que le hacian ser tan querido de todos.

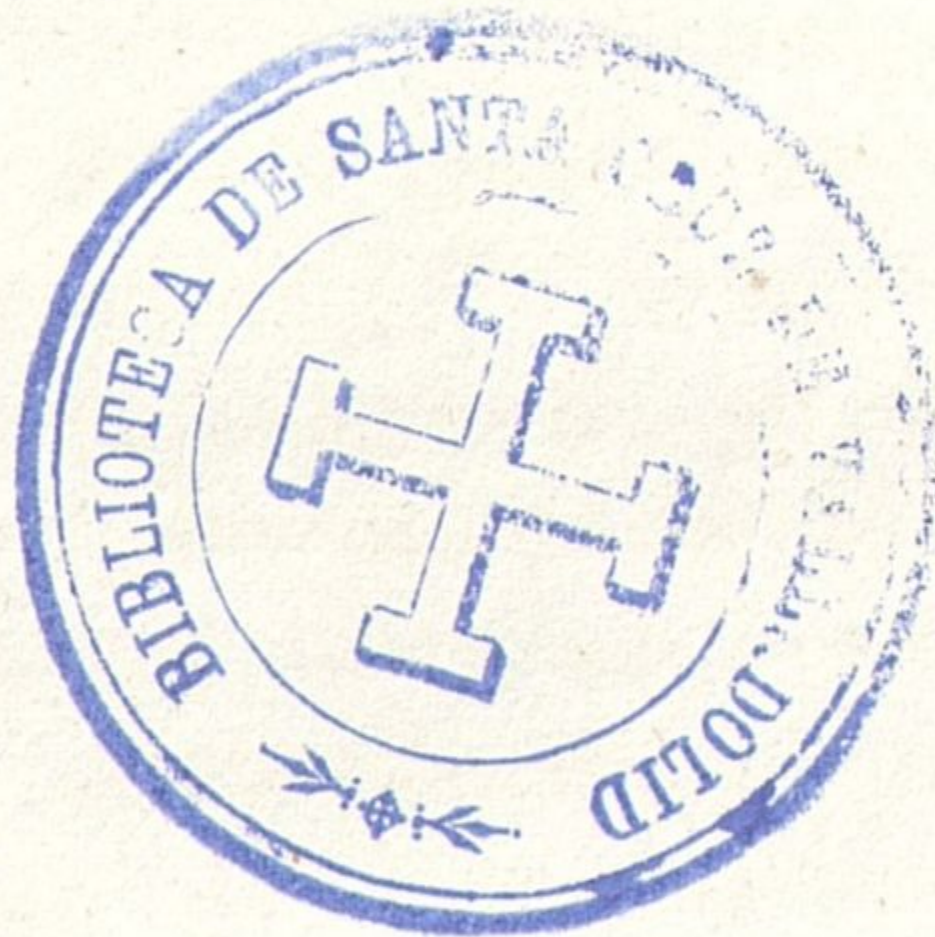
Muchas otras observaciones pudiera añadir sobre el carácter de Achiles si no temiera ser ya demasiado molesto. Sin embargo, no quiero pasar en silencio el juicio que el poeta latino Horacio manifestó tener del carácter de Achiles en su *Epistola ad Pisones*. Dice asi: «*Honoratum si for-*

<sup>1</sup> Il. 24, v. 592 y sigs. hasta el v. 596.



*te reponis Achillem, Impiger, iracundus, inexorabilis, acer, Jura neget sibi nata, nihil non arroget armis.*» Creo, en mi pobre opinion, que el poeta latino no habla mas que de Achiles colérico; no de otra manera. Pues á no ser asi se habria equivocado, segun se colige fácilmente de la exposicion de los hechos.=He dicho.

Madrid 30 de Noviembre de 1852.=Lázaro Bardon y Gomez.



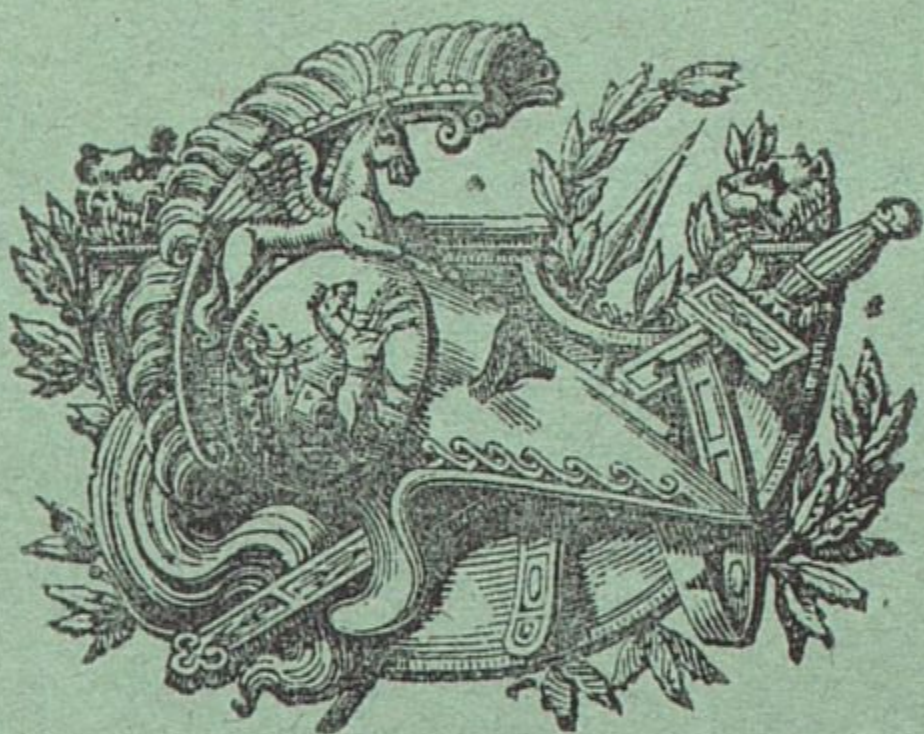


la repute d'illustre, d'ingénieur, d'homme de bien,  
 tout ce qui est ainsi, n'est point un objet de  
 point de vue, quel qu'il soit, mais une  
 partie de la vie, et de cette vie qui est  
 humaine, et qui est la base de la civilisation  
 et de la science.









UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0733